

Marisa abraza dormida a su hermana, estrechándola contra su cuerpo y sintiendo su calor.

Aquel gesto tan habitual entre ellas era lo que le proporcionaba la fuerza para existir en el gran sentido de la palabra.

Amo ergo sum era su filosofía.

Por eso desde que había descubierto en Francia la obra de Tiquun se sentía parte de ellos.

Se trataba de un grupo de filósofos considerados como revolucionarios, y en realidad lo eran por preconizar el amor en tiempos de cólera.

Les había conocido cuando se encontraba en París en la primavera del 2006 investigando para su tesis sobre la obra de la escritora y feminista Hélène Cixous.

Para pagarse la estancia, cuidaba niños durante la hora de comedor y el recreo en un colegio para ricos de la rive droite.

Por unos cientos de euros, les ofrecía su cariño y cuidados del mismo modo que ella los había recibido durante su infancia, sin considerar que eso podría considerarse para ellos un privilegio más.

Nunca antes se había planteado el hecho de resultar tan dulce y bella, porque desde niña le había parecido normal.

Pero cuando le había tocado colocarse del lado de los jóvenes golpeados por la policía, había comenzado a considerar que a lo mejor no resultaba fortuito el hecho de que todos los marginados fueran tan feos y huraños.

Resulta que sus madres les habían destetado y abandonado nada más nacer para ir a trabajar a las casas de los burgueses que habitaban el corazón de la ciudad del amor.

Así había caído en la cuenta que ella misma, como toda mujer joven, recibía pingües honorarios a cambio de vender no sólo su tiempo, sino todo su ser.

Y es que estando de buen ver, una podía optar fácilmente a un trabajo, pues se convertía en la mercancía predilecta del burgués.

Incluso Godard había hecho lo mismo con sus mujeres, por mucho que al mismo tiempo se hubiera consagrado a criticar ese abuso.

Alphaville, una de sus películas favoritas, mostraba a la perfección que vivimos en una época imperial como la romana.

Tal como relataba Pascal Quignard, uno de los muchos autores a los que leía en francés, el sexo, desde la época de Augusto, se había convertido en un arma de guerra al servicio del poder.

Cristo, no por casualidad, había ofrecido sus doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad con las mismas ansias de justicia social que Tiquun en pleno reinado de un emperador romano perverso, cruel y malvado.

Según las leyes morales del imperio, el amor amenazaba la estabilidad patriarcal ofrecida por el matrimonio como método reproductivo de los patricios.

A partir de entonces la libertad sexual y amorosa se encontraron proscritas.

Los esclavos se revelaron, como durante el comunismo, pero no consiguieron nada porque la iglesia católica romana, a través del matrimonio, transformó el cristianismo en un nuevo brazo armado del poder esclavista y bélico.

Todo eso lo había aprendido a través de sus lecturas y las conversaciones con Ángel.

Él, al igual que la primera mujer que llegó a convertirse ministra en el mundo, una anarquista republicana española, ofrecía auxilio a las mujeres que vendían su cuerpo y su alma para que los hombres saciaran su sed de mal.

Las prostitutas eran simplemente seres humanos sacrificados por el bien del capital.

Pero ese no era su caso, pues aún dormida se sabe amada, algo tan necesario para vivir como el agua o el pan.